

Ciudades y arquitectura de tierra en el sur de Marruecos

Reflexión sobre la restauración y conservación

Antonio NAVAL MÁZ

Profesor de Historia del Arte de la Universidad de Castilla-La Mancha e historiador-técnico restaurador.

RESUMEN: La arquitectura de tierra, tapial, y los conjuntos por ésta formados que están situados en Marruecos, principalmente al sur del Atlas, generalmente se conocen con el denominador común de Kasbas. En realidad tal término, que responde a una tipología constructiva, suele agrupar modalidades arquitectónicas diferentes por su función aunque semejantes en formas, como son los tigremt, kasba, ksour e ighrem. El estudio los diversifica destacando los rasgos constructivos que derivan de sus diferentes funciones. En él se hace una aproximación a su ascendencia y posibles influencias, tanto de otras construcciones de la antigüedad como de las construcciones europeas, subrayando a su vez los aspectos autóctonos propios de la cultura que las ha generado. Ante la carencia de información que permita precisar una datación para estas arquitecturas, se hace una aproximación a las que debieron ser las épocas de preferente actividad constructiva.

El trasfondo del estudio es una reflexión sobre la problemática que ofrece la conservación del tapial, y una llamada de atención ante la irreversible y progresiva pérdida de unos conjuntos arquitectónicos que trascienden por sus valores los intereses de un país al merecer la consideración de Patrimonio de la Humanidad.

El trabajo, a su vez, es un pretexto para hacer una reflexión sobre el tema de la restauración y conservación de la arquitectura histórica, insistiendo en que la cuestión está planteada desde las carencias de las culturas occidentales. Estas, están trasponiendo a la problemática de culturas arraigadas, puntos de vista que no constituyen sólidas bases conceptuales para afrontar la conservación de una arquitectura inicialmente destinada a su desintegración y en plena simbiosis con tradiciones, hábitos y comportamientos que son valores de unas gentes que, por otra parte, viven en niveles próximos a la miseria. Aquí, y en general en toda intervención restauradora, el riesgo de fosilizar un pasado evocador viene dado de la necesidad de revitalizar un presente desconcertado, el que es propio de las sociedades de occidente, cuando debería ser desde la conciencia de una continuidad histórica.

Al sur del Atlas marroquí, la arquitectura para la habitación y los conjuntos que esta arquitectura configura aparecen insertados en el paisaje que forman las últimas estribaciones montañosas y las primeras llanuras presaharianas con el que, en total simbiosis, ofrecen al europeo exóticas imágenes de fascinante belleza. Ciudades, pueblos y fortalezas se presentan como una arquitectura de innumerables volúmenes espontáneamente yuxtapuestos pero

perfectamente equilibrados, formados por numerosos planos que se cortan perpendicularmente en una monocromía que por su lograda entonación está lejos de ser monótona. Son las construcciones en tierra pisada o tapial generalmente englobadas bajo la denominación común de kasbas. El nombre se difundió genérico a todas ellas a partir del estudio de esta arquitectura hecho por estudiosos franceses hacia los años treinta. Robert Montagne les prestó atención en **Village et castbas**

En la redacción de este estudio resultaron de gran utilidad y apreciable ayuda las sugerencias de Christian Ewert, arquitecto del Instituto Arqueológico Alemán, y el material bibliográfico de Patrice Cressier, arqueólogo investigador de la arquitectura árabe, de la Casa de Velázquez. (Las fotos sin pie son del autor)

berbères, estudiando una modalidad de estas construcciones en **Un Magasin Collectif de l'anti-atlas, l'agadir des ikounka** (París, 1930). El conocido historiador de la arquitectura hispanomusulmana Henri Terrasse planteó hipótesis acerca del origen y ascendencia de estas construcciones en **Kasbas berbères de l'Atlas et des Oasis** (París, 1938). Posteriormente, D. Jacques-Meunie se centró nuevamente en los **Greniers-citadelles au Maroc** (París, 1961) y el conjunto de ellas en **Architectures et habitats du Dadès** (París, 1962). Con posterioridad se han hecho trabajos menos extensos pero que precisan más, intentando aclarar algunas confusiones que conlleva el estudio de este tema. El científico-historiador español Leonardo Villena publicó: *Les greniers citadelles, les caravanserais et les monastères fortifiés*, BULL-IBI, 35(1980), 241-252.

Es la arquitectura de tierra de los valles del Ziz, Gheris, Todgha, Souss, Draa y Dades, particularmente en estos dos y en la zona del Tafilalt, que es una parte del Ziz. Aunque con un esquema o plano muy similar son diferentes construcciones que fueron concebidas para diferentes funciones. Generalmente se les conoce con el nombre *kasbas*, pero sólo una modalidad de ellas respondería a lo que se quiere significar con esta denominación, al haber una confusión en el uso de los nombres, confusión que se acrecienta al no ser precisa ni siquiera para los mismos nativos, quienes con una misma denominación pueden designar construcciones de diferentes funciones en diferentes áreas geográficas. A su vez, una misma construcción con función definida puede ser conocida con diferentes términos en cada área. Se han tipificado de acuerdo con el destino para el que fueron construidas, y para clarificar la terminología pueden ser agrupadas en cuatro modalidades: **tigremt, kasba, ksour e ighrem**, sin que, como se está diciendo, se pueda decir que queden inequívocamente perfiladas en los estudios hechos por los diferentes estudiosos.

Todas ellas además de estar construidas con barro ofrecen el rasgo común de estar levantadas sobre planta cuadrada, o próxima a la cuadrada, con altos y gruesos

muros que tienen una torre en cada ángulo cerrando un espacio o patio sobre planta también cuadrada. Como sucede con todas las tipologías, las realizaciones concretas no siempre responden a los modelos estereotipados, pudiendo presentar variaciones, unas veces consecuencia de la libre interpretación de los maestros de obra que las construyeron y, en muchas otras, consecuencia de las alteraciones que con el paso de los tiempos han experimentado los edificios. Al exterior todas ellas quedan unificadas por unos muros desnudos en los que se abren pocas y pequeñas ventanas, frecuentemente protegidas por trabajos artesanales de rejería. La pobreza que ofrecen sus muros está compensada por la decoración. Suelen estar rematados con una sencilla ornamentación geométrica a manera de banda de coronamiento, formada por dibujos geométricos realizados con adobes en un juego de huecos y volúmenes que quiebra acertadamente la planimetría de los muros. Son los mismos temas que aparecen en los tapices bereberes y que en su esquematismo poco ofrecen de evocación de la vida vegetal. Los forjados están hechos con troncos de palmera y es muy raro que los techos estén resueltos con arcos o bóvedas. Las torres, sobre todo en las tipologías que parecen más antiguas, a partir de una cierta altura son ataludadas o con solución que recuerda la troncopiramidal.

Las **kasbas** propiamente dichas vienen a ser fortificaciones para la habitación de un señor rodeado de su clan y aislado de los vasallos. La kasba es el equivalente a fortaleza o castillo. Venía a estar concebido como construcción fortificada para soportar la inseguridad de una ubicación generalmente aislada al menos en el momento en que se construyó. Estas construcciones si fundamentalmente estuvieron formadas por un simple recinto con torres en los cuatro ángulos, han podido ver incrementado su entorno con la adición de volúmenes añadidos que están insertos o forman otros recintos fortificados complementarios. En todo caso con resultados de una integración tan equilibrada como espontánea, y difícilmente diferenciada de la obra original.



Ouarzazate: Patio de ingreso a la Kasba-alcázar.



Rissani: Kasba de Oudri Hali (Mouli Rachid). Entrada al serrallo.



Rissani: Kasba de Oudri Hali. Harem.



Rissani: Kasba de Oudri Hali. Patio de la cámara de la favorita.

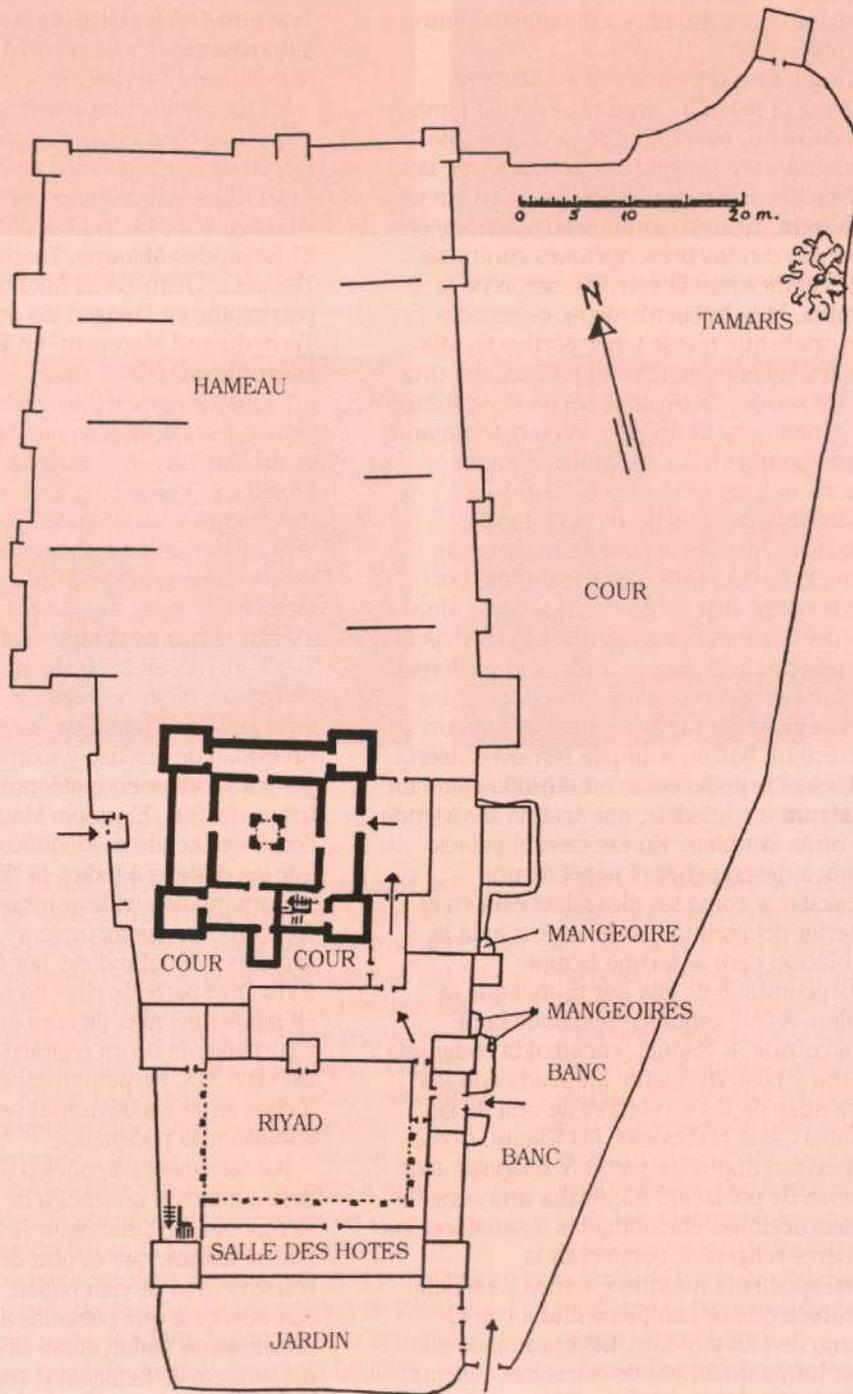
Se ha visto en estas construcciones una solución y planteamiento autóctono de ascendencia netamente bereber, independiente de aquellas otras vinculadas a una concepción urbana y emparentadas con la tradición hispanoárabe. Pero dado que estas construcciones en buena parte son relativamente recientes incorporaron rasgos y soluciones provenientes de las diferentes influencias culturales que experimentó Marruecos y particularmente de la arquitectura urbana. Algunas de ellas no se resistieron a incluir soluciones o aspectos influidos por modelos de concepción culta y tradición arraigada. Pueden verse kasbas más complejas, como, por ejemplo, la kasba de Moudri Rachid o Moulay-Ali-Cherif, cerca de Rissani, construida en el pasado siglo. Recuerda el

esquema de la Alhambra y nos sirve para tipificar otras kasbas similares, entre las que se podría mencionar la de Tiffoultout, cerca de Ouarzazate. Ambas están concebidas como alcázares.

Tras pasado el recinto más exterior que englobaba toda la construcción se entra en un primer espacio descubierto accesible al pueblo, donde se concentraba para recibir audiencia del señor que aparecía en la balconada, como en el caso de la de Ouarzazate, o desde lo alto de la puerta que daba acceso al siguiente espacio, como en las otras dos mencionadas. La amplitud de la **maqsura** venía a estar en función del vasallaje que podía eventualmente concentrarse en él. Estos espacios pudieron también ser lugar de celebración de espectáculos que eran contemplados por el

FIGURA 2.

Kasba d'Amridil (oulad lagoub, Skoura)



Fuente: Jacques MEUNI: *Arquitectures et habitats du Dadès.*

señor y sus familias desde lo alto de los edificios palaciegos que rodeaban esta plaza. En la primera de las kasbas, en este espacio había alojamientos para las caravanas en dependencias que también fueron usadas como prisión, situadas a lo largo del muro de protección.

Desde este primer recinto o plaza se pasaba al **serrallo**, segundo espacio también descubierto, más reducido, a donde sólo tenían acceso las gentes destacadas de la población. El tercero de los espacios era ya el **harem**, resuelto arquitectónicamente de acuerdo con las prescripciones coránicas que condicionan la estructuración de la familia. Muy frecuentemente es espacio cuadrado que puede tener pórtico en sus cuatro lados formando un patio. Cada una de las crujías de arcadas servía de vestíbulo de acceso a cada una de las cuatro cámaras correspondientes a las cuatro mujeres permitidas por el Corán. La favorita disfrutaba de la mejor de las cuatro estancias, que en el caso de la kasba de Moudri Rachid está complementada por otros patios más interiores que recuerdan los del Generalife, en cuanto a la concepción de planta alargada y cerrada, con parterres o albercas. En este caso, en sendos lados hay colocadas amplias estancias y en un tercero un balcón o amplia terraza cubierta.

La kasba podía estar constituida como un **castrum** o ciudadela, que incluía la vivienda de otras faunillas. En ese caso el palacio venía a desempeñar el papel de una alcazaba, y como las alcazabas está en el interior del recinto que protege a toda la población pero al mismo tiempo independizado de ella por muros que la aíslan. A este esquema responde la de Ouarzazate, o Telouet, construida como una kasba y posteriormente ampliada con las viviendas de los servidores de una de las familias más poderosas, los Glaoui. Como necesidad impuesta por la fe religiosa, todo núcleo de población implicaba una serie de construcciones encaminadas a satisfacer los deberes religiosos, como eran la correspondiente mezquita, baños y escuela coránica que se complementaba con el horno de pan y fuente. Insertado todo en una trama quebrada de estrechas callejas.

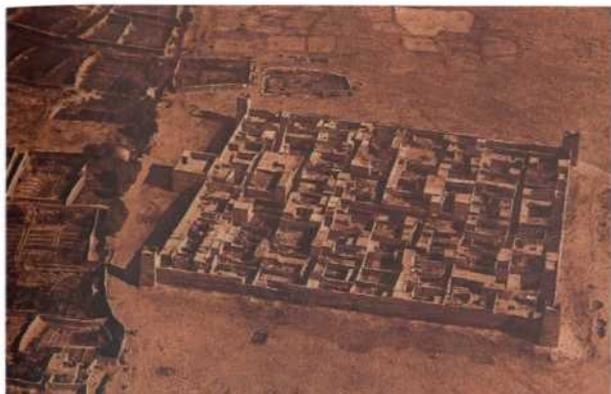
No es ésta la única acepción que se da a la palabra kasba, pues el mismo término

aparece identificado con la modalidad constructiva específica destinada al almacenaje de los cereales y dátiles [R. Capot-Rey, "Greniers domestiques et greniers fortifiés au Sahara", en **Travaux de l'Institut de Recherches Sahariennes**, Université d'Alger, t. XIX (1956), pp. 139-158].

En un preinventario que se hizo entre 1974 y 1977 por la iniciativa de la Unesco fueron catalogadas más de 300 kasbas. Entre ellas son célebres por ser más fácilmente accesibles las de Skoura El-Kelaa-des-Mgouna, Taourirt, Tiffoultoute, Telouet... [Jean-Louis Michon, "Un patrimoine en Danger: les architectures en Terre du sud Marocain" en **Icomos Information** (1956), núm. 4].

La mayor parte de las kasbas que responden al esquema que las caracteriza están situadas en el valle del Dades, entre Tinerlir y Ouarzazate. Eran zonas de cruce de caminos y caravanas especialmente arriesgadas ante las incursiones de codiciosos e indigentes. Se encuentran también después de esta ciudad hacia Taddat subiéndolo el impresionante alto de Tizi-n-Tichka en la comarca de Tafilat, cerca de Erfoud, en el valle del Ziz, y hacia Zagora, en el valle del Draa. Surgieron de la necesidad de defensa y fueron construidas por jefes locales en momentos de amenaza de tribus del Sur. El propio Moulay Ismail, que construyó la que se identifica con el nombre que las designa a todas, la "Kasba" en Skoura, mandó edificar otras para detener o contrarrestar las incursiones de los bereberes sanahas remontándose, por tanto, al siglo XVII. Otra parte de ellas fueron construidas en momentos más difíciles de cierta anarquía y surgimiento de un régimen feudal avanzado del siglo XIX. Perpetúan así el recuerdo de las luchas entre los diferentes señores locales y familias más poderosas.

Por su aspecto de núcleo urbano cuando tienen añadido un núcleo de población no siempre es fácil distinguir la kasba del **ksar** (plural **ksour**), que es otra de las modalidades constructivas de esta región. Los ksour no son otra cosa que poblados amurallados. Las dimensiones varían como es obvio en función del número de familias, y, consecuentemente, el número de mezquitas y los otros elementos constructivos que acompañan la presencia



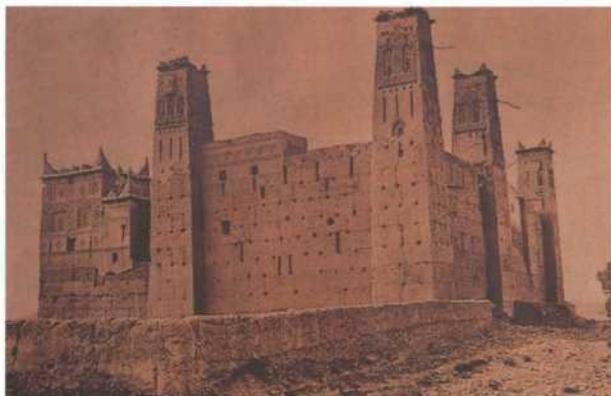
Tafilalt: Ksar. Fuente: Henri TERRASSE: *Kasbas Berberes*. París, 1938.



Ouarzazate: Entrada a la Kasba-Ksar, junto a la alcazaba.



Skoura: Tighrem. Fuente: Henri TERRASSE: *Kasbas Berberes*. París, 1938.



Tighrem de Chorfa d'Imassin. Fuente: Henri TERRASSE: *Kasbas Berberes*. París, 1938.

de la mezquita. El elemento constante son los altos muros construidos de tapial, con torres a manera de atalayas. El plano del conjunto tiende al paralelogramo y la red de calles a la retícula, resultando también las parcelas de las casas bastante regulares y desarrolladas en torno a un patio central.

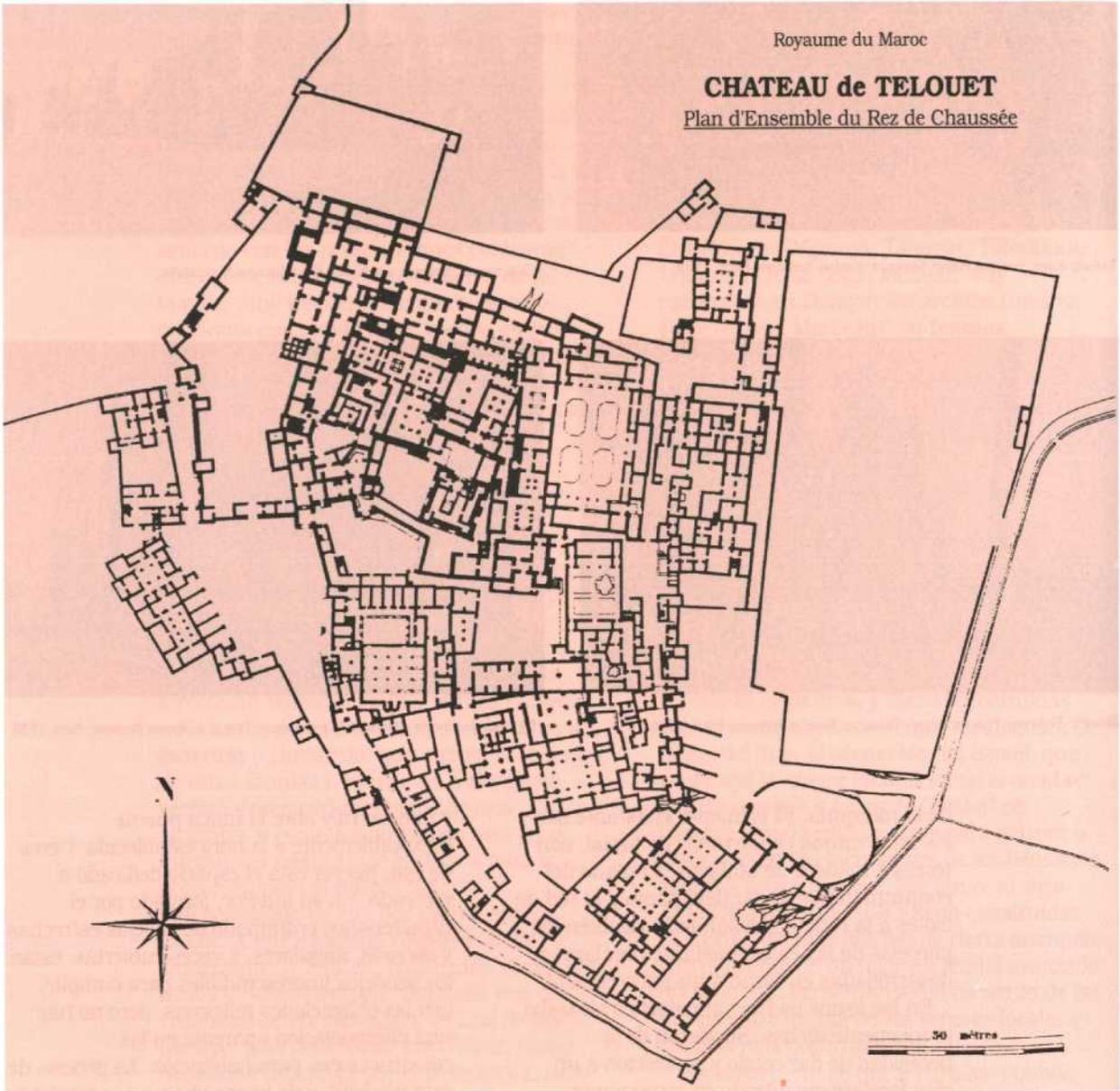
En los ksour no hay un palacio o alcazaba propiamente dichos. Surgieron de la necesidad de dar cobijo y protección a un clan familiar organizado en torno a una familia preeminente poseedora de la autoridad en la persona del padre que hereditariamente lo transmite al hijo. Este es el caso del ksar de Moulay Smail de Rissani, por tanto, del XVII, habitado en la actualidad por unas doscientas cincuenta familias gobernadas por una especie de alcalde que es el encargado del orden y organización del clan

y que cierra y abre la única puerta inexorablemente a la hora establecida. Cerca de esta puerta está el espacio dedicado a mercado. En su interior, formado por el característico entramado de callejas estrechas y oscuras, angulares, a veces cubiertas, están los servicios imprescindibles para cumplir con las obligaciones religiosas, pero no hay una diferenciación aparente en las construcciones para habitación. La génesis de esta modalidad de kasba viene a ser similar a la de los adarves en las ciudades, generadas por la necesidad de incluir en un barrio delimitado y con posibilidad de aislamiento mediante la correspondiente puerta a toda la ramificación familiar.

Los valles del Zis, Dades y Draa están jalonados por numerosos de estos ksour, unas veces mimetizados con el seco terreno

FIGURA 3.

Kasba de Telouet



Fuente: Jean Louis MICHON: "Un patrimoine en danger: Les architectures en terres des sud Marocain", *Icomos*, 4, 1986.

donde se enclavan hasta resultar difícil su diferenciación en la lejanía, y otras en duro pero armonioso contraste con los oasis que son la fuente de supervivencia de sus habitantes. En estos valles los hay junto a la

enorme alfombra verde que forma el oasis, como el de Tinehir. Uno de los ksar más conocidos en el valle del Zis se denomina Maadid. Es el mayor ksar y su núcleo propiamente dicho está habitado por 216

familias. Dado su interés tipológico y fácil acceso ha merecido una atención especial dentro del programa de restauración del patrimonio arquitectónico. Del encanto de una genuina ambientación es parte la no superada carencia de servicios básicos como el de electricidad y agua corriente, y convive con la contradictoria presencia de comercio para el turismo. Siempre estos poblados fortificados forman paisajes contrastados de rara belleza en que los tonos secos de las tierras, a veces rojizas, armonizan con los limpisimos e intensos verdes.

Estos ksour fueron concebidos como pequeñas unidades políticas de organización en parte democrática, en la medida en que este concepto puede entenderse en el mundo musulmán, al estar administrados por la asamblea de jefes de familia, la jamaa. Una parte del ksar era propiedad colectiva y comprendía el granero, corrales de ganado, la sala de reunión, la mezquita la escuela coránica, pozos y fuente, y horno de pan. La red de calles es la típica de la cultura árabe con estrechas callejas a menudo cubiertas, por el centro de las cuales una alcantarilla descubierta recoge aguas residuales. Las casas son de aspecto y construcción muy simples aunque con su patio central. El hecho de que a veces el ksar pueda incluir la familia y casa más distinguida de un notable le acercaba a la modalidad tipológica de algunas kasbas y consecuentemente hace más difícil su diferenciación. Confusión que se aumenta por la designación genérica bajo este nombre a esta modalidad y otras tal como es común en las guías turísticas y de viajes.

En la actualidad pueden presentar bastante alterado el esquema original por la adición de otras construcciones yuxtapuestas a los antiguos muros defensivos, y los accesos pueden ser más numerosos al haber rasgado algunos de sus lienzos haciendo aberturas de comunicación con el exterior al final de las calles o adarves.

Los ksour también tienen su origen en la necesidad de defenderse frente a la invasión de otros pueblos protegidos por diferente señor, sometiendo las tierras del sur del Atlas a una constante inseguridad. Una parte de ellos están en el valle del Draa en el larguísimo oasis que lo recorre, y fueron

motivados por el temor a las **razzias** de los nómadas.

Otra de las modalidades constructivas en los que se ve una tipología definida. Son construcciones cuadradas con una alta torre troncopiramidal en cada una de las esquinas y patio interior. Menos pretenciosas, pero no por eso menos solemnes y espectaculares que las kasbas, de las que no siempre es fácil distinguir, aparecieron también como construcciones fortificadas en emplazamientos de especial riesgo. En todo caso ni el término es usado como una tipología específica por todos los autores que han estudiado el tema, ni siquiera siempre se distingue con precisión una modalidad constructiva diferente. Hay quien lo identifica y no lo distingue del ighrem, o granero de la colectividad. Parece ser que algunos de éstos pudieron ser también lugar de habitación esporádica, en caso de emergencia o permanente, dando paso a una tipología de evolución posterior. De todas formas, algunos autores, y entre ellos los que primero estudiaron el tema, como Terrasse y Jacques-Meulue, emplean el término para designar una construcción para vivienda familiar, más elemental que la propiamente entendida por la kasba, término que en su acepción genérica también los incluye. El tighrem estaría en la línea evolutiva de lo que pudieron ser antiguamente las villas romanas y posteriormente las almunias hispanoárabes, protegidas por al menos una torre. Su ubicación en descampado, al igual que aquellos precedentes constructivos, estimularía la necesidad de protección, generando una solución y formas que le son distintivas por ser propias.

Esta solución constructiva y forma arquitectónica aparece en el interior de algunos núcleos comunitarios fortificados, contribuyendo de forma determinante a perfilar la panorámica del conjunto. No se puede afirmar categóricamente cuándo fueron células aisladas que generaron el conjunto urbano en que se encuentran, distinguiéndolo de los casos en que fueron meras transposiciones de esta tipología al interior de los mismos. Entonces venían a ser casas señoriales de familias con mas posibilidades que podían y querían distinguirse con estas construcciones, y a su



Ouarzazate: Ait Ben Hadou.

vez reforzaban su propia seguridad con una estructura fortificada. De acuerdo con los mecanismos de emulación social que suelen emerger en todo colectivo el modelo generó la difusión de una misma tipología dentro de un mismo núcleo. Con sus cuatro torres de sección progresivamente más reducida como si fueran troncopiramidales dan un toque muy peculiar y característico a ciudades como Ait Ben Hadou, donde la presencia de estas construcciones es insustituible en el aspecto del conjunto que queda enriquecido con las numerosas torres que emergen de un paisaje urbano de tierra rojiza y espontáneo equilibrio de volúmenes. Jacques-Meunier en el trabajo mencionado recoge esquemas de estas construcciones que ayudan a entender una evolución de las mismas y su contribución a la formación de conjuntos urbanos.

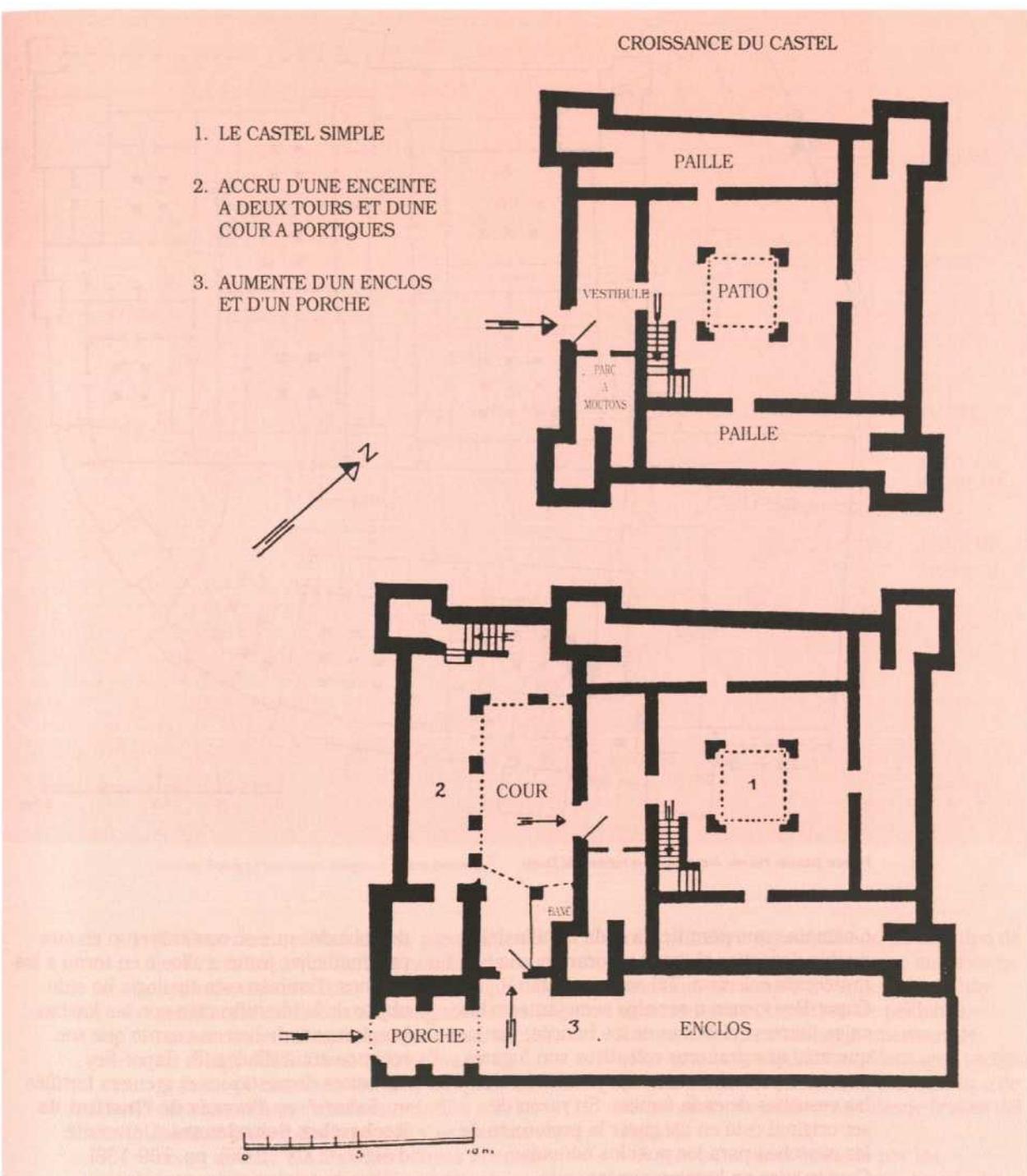
Sin menoscabar el carácter autóctono que se da a todas estas construcciones, no pueden menos que recordar los palacios europeos del renacimiento con sendas torres enmarcando la fachada principal y patio interior cuadrado. A pesar de las diferencias

culturales y distancias geográficas se ven mecanismos de actuación y respuesta social similares a los que generaron la belleza de algunas ciudades europeas del renacimiento italiano, donde la presencia de las diferentes torres señoriales construidas por necesidad de ostentación social motivaron paisajes de tan singular encanto como San Geminiano (Italia) o Svanes (Georgia), por citar algunos.

De apariencia semejante a estos tighrem, en su conformación más simple, son los **ighrem** o agadir, que también pueden ser llamados tighremt, aunque se diferenciarían en su función de acuerdo con lo que se acaba de decir. Vienen a ser la misma construcción fortificada adaptada a la conservación de las cosechas. Con la altura de sus muros de barro incrementada con la de las torres angulares contribuyeron a dar silueta a las localidades donde emergen. Preferentemente se encuentran situadas en el Anti-Atlas. Son graneros fortaleza de muros anchos y torres en las esquinas. En torno a un patio central, o espacio frecuentemente irregular, puede haber varios pisos de numerosos compartimentos

FIGURA 4.

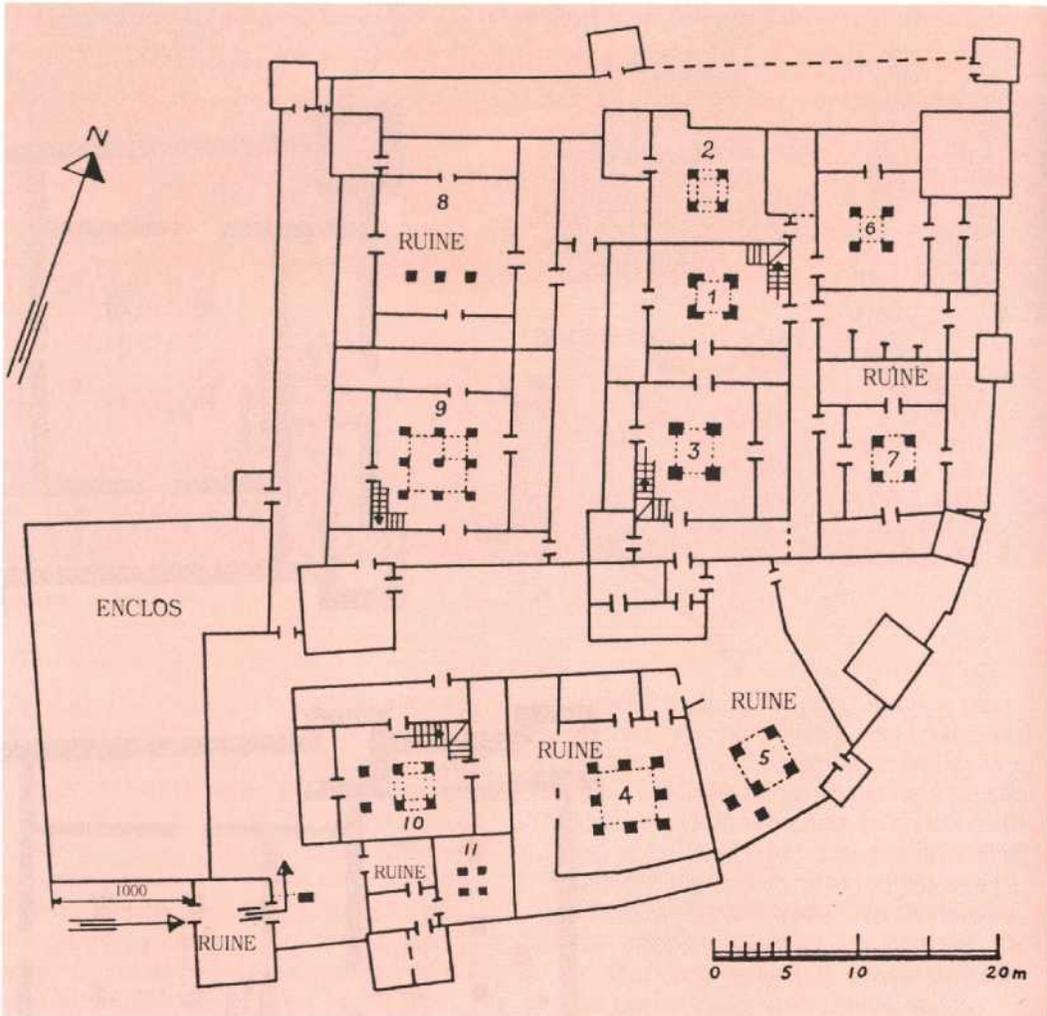
Tighrem Aït Hammou (Oulad Maaguel)



Fuente: Jacques MEUNIE: *Architectures et habitats du Dodés*.

FIGURA 5.

Tighrem Aït Yidaär



Fuente: Jacques MEUNIE: *Architectures et habitats du Dadès*.

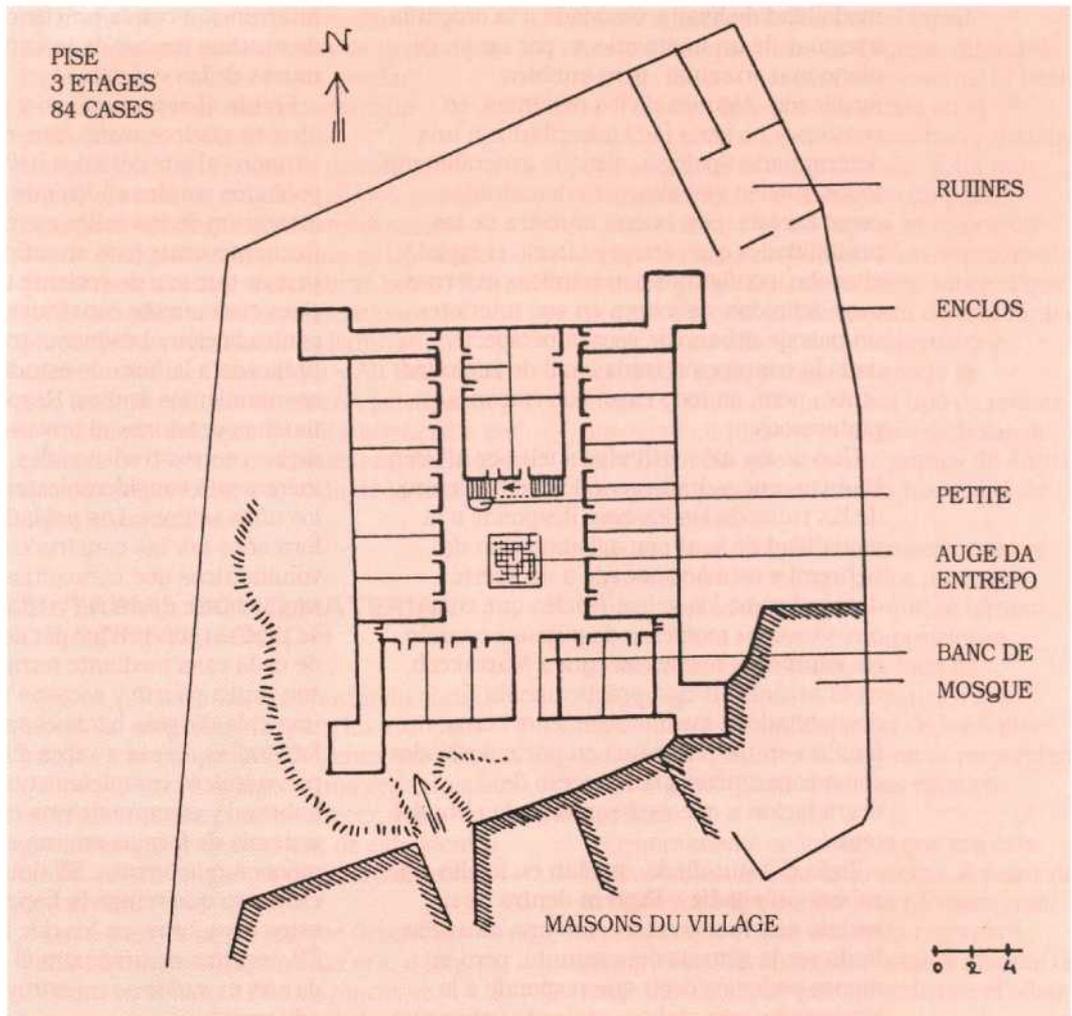
o cámaras que permiten a cada familia del pueblo depositar el grano y gozar de una protección colectiva. Tal como escribió R. Capot-Rey vienen a ser algo semejantes a las cajas fuertes colectivas de los bancos, por lo que más que graneros colectivos son lugares comunes para el almacenaje y custodia de las cosechas de cada familia. Su razón de ser original está en asegurar la protección de las cosechas para los pueblos nómadas. Construidos en lugares previamente elegidos, pudieron constituir la razón de ser

de poblados que se construyeron en sus proximidades, junto a ellos o en torno a los mismos. También esta tipología ha sido objeto de la identificación con las kasbas propiamente dichas en cuanto que son recintos amurallados [R. Capot-Rey, "Greniers domestiques et greniers fortifiés au Sahara", en **Travaux de l'Institut de Recherches Sahariennes**, Université d'Alger, t. XIV (1956), pp. 139-158].

Uno de estos graneros puede contemplarse fácilmente por estar en la ruta

FIGURA 6.

Ighrem n Oudal



Fuente: Robert MONTAGNE: *Villages et casbas berberes*.

de Ouarzazate a Marrakech, precisamente en la localidad que tiene el nombre de esta tipología constructiva, Ighrem-n-Ougdál. Se piensa que es de los más antiguos de los conservados, calculándose su construcción en el siglo XVII. Como todos ellos es un granero de construcción muy simple y de dimensiones modestas en relación con las kasbas. Está todavía en uso y se pueden ver en su interior los depósitos cuyas puertas están decoradas con simples motivos geométricos. De acuerdo con un sistema

muy primitivo y generalizado en este tipo de construcciones el acceso al piso superior es mediante un simple tronco en el que hay unas muescas que sirven de peldaños. Jacques Meurie catalogó numerosos de estos graneros-ciudadelas. Montagne recogió documentación relacionada con este tipo de construcciones conservada desde finales del siglo XI.

A este panorama formado por las construcciones tipificadas hay que añadir todos aquellos conjuntos más o menos

mixtificados con respecto a las tipologías antes recogidas que en su conservación actual se presentan como realizaciones de obra en tapial. Entre ellos los **kelaa** son una modalidad de ksar acomodado a la orografía irregular de un montículo, y, por tanto, de plano más irregular, pero también fortificado. Algunos de los restantes, en ocasiones no sería fácil adscribirlos a una determinada tipología, aunque generalmente todos queden globalmente encuadrados como kasbas. Son buena muestra de las posibilidades que siempre ofreció el tapial y el adobe, configuran panorámicas externas muy definidas y generan en sus interiores un paisaje urbano de escasa perspectiva dada la concepción tradicional de la ciudad árabe, pero, en todo caso, con rincones pintorescos.

Uno de los más visitados suele ser Ait Ben Haddou, encuadrado genéricamente dentro de las rutas de las kasbas. Responde a la modalidad de ksar con aglomeración de tighrem y está acomodado a un fuerte desnivel como los kelaa. Núcleo que como otros tuvo su momento de pujanza cuando las caravanas hacían su ruta a Marrakech, en la actualidad está prácticamente deshabitado al quedar solamente cinco familias en un panorama en parte desolador como consecuencia del proceso de degradación a que está sometida la obra del tapial.

Todo él amurallado, quedan en lo alto del cabezo un **agadir** o **ihgrem** dentro de un recinto que funcionaba como una alcazaba. Pudo ser la génesis del conjunto, pero al menos podemos decir que responde a la tipología en que ambos, conjunto urbano y granero, aparecen relacionados. Uno de sus barrios estuvo habitado por judíos, denominado genéricamente **mellâh**, que lo mismo que sucedió en otras localidades donde también vivieron en grupo formaban un sector diferenciado con sus servicios propios entre los que por supuesto está la sinagoga.

Ha sido lugar que ha ofrecido marco a la filmación de algunas películas. De gran interés por el perfil que le configuran algunas construcciones más destacadas a causa de las cuatro torres que las enmarcan, es uno de los conjuntos de construcción en tapial declarado Patrimonio

de la Humanidad y programado para la restauración, por lo que se ha hecho algún tanteo de tratamiento del tapial. Realmente su degradado estado implicará una fortísima intervención con la práctica reconstrucción de muchos lienzos de la fortificación y muros de las viviendas.

Frente al aspecto plano y panorámica que ofrecen núcleos como éste, en los valles situados al sur del atlas hay numerosísimos poblados rurales en los que curiosamente la alineación de las calles es recta y frecuentemente está en retícula. Hay que pensar que son de reciente urbanización, pues ciertamente constituyen una contradicción al esquema tradicionalmente tipificado a la hora de estudiar los asentamientos árabes. Responden en muchas ocasiones al proceso de abandono de los centros tradicionales, proceso que se incrementó considerablemente a partir de los años setenta. Los poblados están formados por las construcciones volumétricas que caracterizan esta arquitectura de cubos yuxtapuestos. Estos se perfilan con nitidez por ser el cubrimiento de cada casa mediante terrazas. Las casas con única puerta y escasas ventanas tienen una vida dirigida hacia el patio interior. Las fotografías aéreas a veces difundidas ofrecen panorámicas completamente diferentes a lo habitual y siempre de una espontánea armonía de formas en una entonada monocromía terrosa. El almillar es el único elemento que rompe la horizontalidad de estos conjuntos, en los que las antenas de TV, legítimo recurso para el entretenimiento de sus moradores, constituyen un grotesco aditamento.

En las proximidades de los poblados las eras para la trilla del cereal contribuyen a la singularidad del paisaje urbano al articular un entorno, aparentemente caprichoso, de numerosos planos en diferentes niveles completamente expeditos y limpios, hasta inducir a uno que no conozca su función a pensar que desempeñan un complemento decorativo de ordenación de los alrededores del poblado.

En una extensión con tan diferentes valles como los que han atraído nuestra atención hay que pensar en la diversidad del paisaje rural que circunda las diferentes localidades. Peculiar es el entorno de

Erfoud, en el Tafilalt. En las tierras cenicientas que lo caracterizan emergen los palmerales en compartimentaciones parcelarias que se presentan a manera de parterres que no se sabe si están delimitados por alineaciones de tierra o por tapias desmoronadas hasta quedar reducidas a estas alineaciones. Son parcelaciones reducidas que compartimentan el terreno polvoriento donde el verde es mucho más vivo que en cualquier otro lugar. Son tierras secas donde cualquier gota de agua es un tesoro que se busca o buscó con obras tan sorprendentes como las alineaciones de pozos de las presaharianas llanuras existentes entre Ouarzazate y Ait Benhadou. Son trabajos de una ingeniería pertinaz en la búsqueda del agua que la transvasaba por galerías de decenas de kilómetros, hechos en tiempos imprecisos, y a costa de la vida de numerosos esclavos.

EL TAPIAL COMO MATERIAL DE CONSTRUCCIÓN

No es difícil ver obreros haciendo obra de tapial. Lo sorprendente para los europeos puede estar en que las imágenes que ofrecen cuando lo construyen son una reproducción en vivo de lo que pueden ofrecer viejos grabados que evocan el uso de esta técnica en los países en que ya está perdida con el desarrollo.

La técnica es la misma que describió Plinio al comienzo de nuestra era, o Ibn Jaldun en el siglo XIV. Los muros se levantan mediante un encofrado de dos tableros entre los que se compacta la tierra mediante golpes de un mazo adecuado para la operación.

La solución es la que fue constante desde que se conoce: zócalo de mampuesto o piedras, para evitar la humedad por capilaridad. Sobre ellas se va haciendo una primera hilada de tapiadas, que es el tramo del encofrado. Entre las tablas que lo forman se van depositando capas de tierra o tongadas convenientemente humedecida que se compacta con el mazo o pisón. Tras cada tapiada se hará la siguiente hasta completar la hilada sobre la que se fabricará las sucesivas, hasta obtener la altura deseada

Toda la operación se realiza sin andamiajes. El terminado de los muros se hace con un lavado también de barro. En esta obra no entra la mezcla de cal, lo cual constituye un rasgo interesante, pues en el tapial tradicional que hubo en España, difundido por los árabes, fue bastante común. El barro se hace con la tierra que existe en el próximo entorno, sin tampoco hacer mezclas que aseguren la compactación. Esta muy frecuentemente se consigue con paja.

En el remate de las tapias se coloca un lecho de cañas dispuestas transversalmente al muro y ligeramente voladas, sobre el que se vuelve a colocar barro para de esta forma hacer un cerrillo de coronamiento que actuando como paraguas proteja la desintegración del muro. Un tipo de remate que se ve en Rissani es a base de bolas de barro, con las que en otros puntos de Africa se construyen los muros sin necesidad de usar encofrado.

Cuando se trata de construcciones más significativas, el remate de los muros se realiza con adobes, con los que se forman decoraciones a base de composiciones geométricas que ofrecen un tono de distinción del edificio. Son paneles que recuerdan la ornamentación de los tapices, porque en definitiva unos y otros responden a los mismos planteamientos estéticos arcaicos.

Generalmente se ha dicho que era ésta una arquitectura sin arquitectos. A pesar de la aparente simplicidad y de no conocerse nombres que hayan obtenido renombre, siempre existieron especialistas a manera de maestros de obras que aprendieron el oficio de sus mayores adquiriendo una soltura que los habilita de forma preferente ante la comunidad. Cada miembro de la misma no puede estar tan experimentado como para afrontar la complejidad de las construcciones bastante altas. El sistema de entendimiento social y la falta de documentación escrita ha hecho que se perdiera el nombre de constructores especialistas que, por otra parte, al limitarse a repetir modelos de alguna forma consagrados, tampoco adquirieron la celebridad de quien introduce innovaciones.

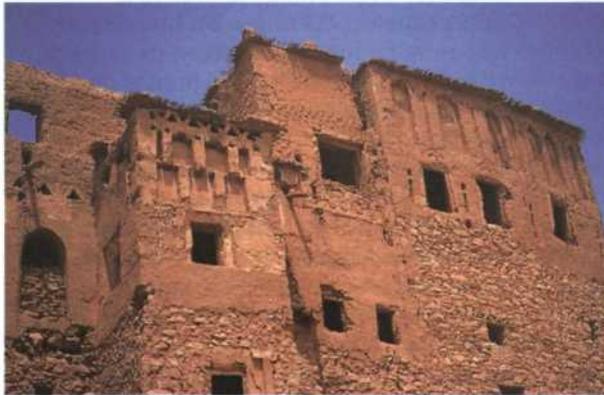
La valoración del conjunto que ofrecen las arquitecturas de los valles mencionados es el de una gran uniformidad en la



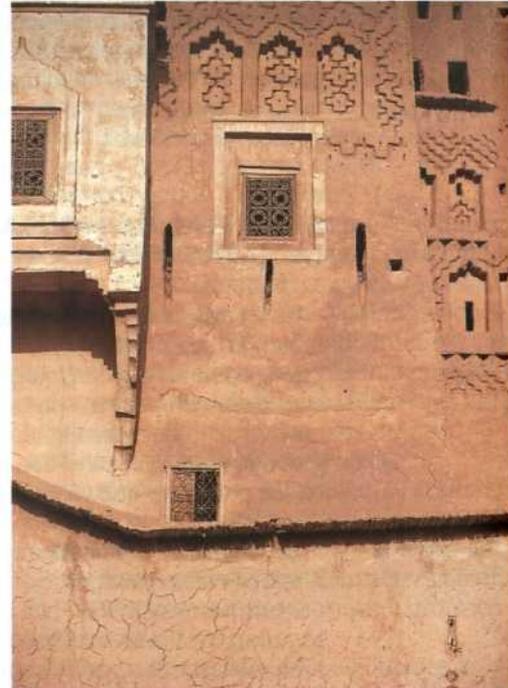
Tafilalit: Ksar cercano a la tumba de Moulay Ali Cherif.



Ouarzazate: Ait Ben Hadou.



Ouarzazate: Ait Ben Hadou.

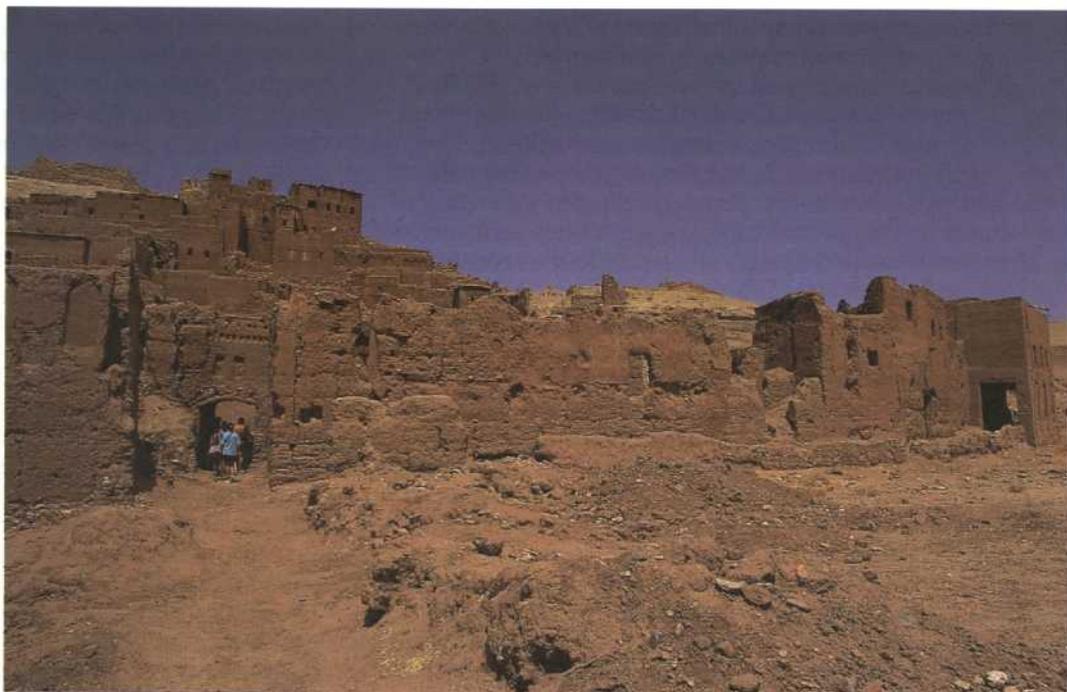


Kasba de Ouarzazate: Tapial restaurado.

construcción de tapial y pureza en la homogeneidad de los conjuntos. Entre estos el valle del Zis quizá ofrece la tipología menos alterada. A ello contribuyen las labores de mantenimiento que se realizan en los muros de tapial, pues con frecuencia sus habitantes rasan los muros para volverlos a enlucir con una nueva capa de barro, lo que da la sensación de permanente frescura a aquellas casas que están habitadas. Lo cierto es que en la medida en que las ciudades o centros tienen más vida y amplían las actividades comerciales o turísticas están incorporando materiales nuevos, como son las bovedillas de cemento o ladrillos de nueve agujeros que consecuentemente mixtifican la obra original y modifican la textura y color que las caracterizaba. Es el reverso difícilmente evitable que implica la necesidad

inoslayable de que estos pueblos se incorporen al desarrollo.

De todas formas, los trabajos de mantenimiento realizados por los propios nativos para conservar su casa demuestran que es posible salvar y conservar el singular patrimonio arquitectónico de tapial que existe en el sur del Atlas, cuando se hace con las técnicas tradicionales.



Ouarzazate: Sector de levante de Ait Ben Hadou.

ASCENDENCIA Y AUTONOMÍA

Se ha insistido en el carácter autóctono de esta arquitectura. Indudablemente la cultura bereber está en su génesis y gestación, pero quedan aspectos por dilucidar en lo que se detecta de coincidencia con soluciones de otras procedencias. En buena parte el tema quedaría clarificado si conociéramos las fechas de muchas de estas construcciones. Por el momento la bibliografía existente es preferentemente descriptiva y de catalogación, por lo que en la datación sólo se pueden hacer tanteos por aproximación.

Los almorávides y almohades fueron pueblos bereberes de cuya actividad es testimonio España, donde a lo largo de los siglos XII y XIII extendieron la construcción de tapial aplicada a las estructuras defensivas de las ciudades. La realidad es que ellos no trajeron el tapial y que la composición del que aparece en las numerosas murallas con que fueron fortificadas las ciudades españolas en aquellos tiempos es diferente a la que

predomina en el sur de Marruecos. En todo caso, con la expansión de almorávides y almohades toda Andalucía se fortificó con murallas de tapial, y en el Magreb, ciudades como Marrakech, Rabat, Fez, recibieron su impronta aunque fueran núcleos de más remota existencia. Los árabes incrementaron su influencia y afianzaron su presencia, sobre todo a partir del siglo XIII, extendiendo concepciones y técnicas recogidas desde los diferentes países de donde provenían y por los que habían pasado.

Como acontecimiento posterior, finales del siglo XV, hay que recordar la influencia de la emigración de los judíos españoles que en una parte se vieron forzados a establecerse en estas tierras y ciudades del norte de Africa, donde constituyeron algunas juderías. En el mismo momento, la descomposición del reino de Granada con el traslado de los musulmanes nazaríes es otro acontecimiento que está en la explicación del arte marroquí y su relación con el hispanomusulmán.

Ya en el XVI el reinado de Ahmed el Mansour (1578-1603) se caracterizó por una

gran prosperidad, ligada a la intensificación de intercambios con Europa. Más importancia tuvo después la actividad de Moulay Ismail (1672-1727), alaouita, el más célebre de los sultanes marroquíes. Su largo mandato fue periodo de prosperidad para Marruecos. Fortaleció el orden y en relación con ello estableció guarniciones permanentes que ocuparon una red de kasbas construidas por su indicación a las puertas de las ciudades, en los puntos importantes de las rutas caravaneras, y cerca de donde había tribus más turbulentas.

Finalmente, otro nombre que, al menos, hay que mencionar es el de Moulay Hassam (1873-1879). En esta ocasión su recuerdo no es tan positivo para la historia del país, pues con él empezó a manifestarse una crisis que explotaría en el siglo XX. La debilidad del gobierno central favoreció la constitución de poderes feudales que se encerraron en kasbas.

Todos estos hechos, aunque no expliquen por sí solos la arquitectura que nos ocupa y las coincidencias con otras construcciones más lejanas, marcan hitos que hay que tener presente. En ningún caso hay que olvidar que el Atlas fue una auténtica barrera de muy difícil comunicación hasta que los franceses el pasado siglo abrieron caminos que son el firme de la carretera actual, que superaban las tradicionales rutas caravaneras. A despecho de no poder ofrecer **conclusiones definitivas** respecto a la antigüedad de estas tipologías, la de los agadir es la que se pierde en el tiempo y, sin que sea exclusiva de estas tierras, puede estar en la génesis de las otras construcciones que serían perfeccionadas con la evolución. Como se dijo antes, se ha querido ver remotos precedentes con raíces en la época romana para los tighrem, y es difícil explicar la estructura urbana de los ksar sin traer a la memoria los **castra** romana, tal como señaló William J. R. Curtis al destacar las coincidencias. Coincidencias de apariencia de los tighrem, de estructura de las kasbas cuando son alcazabas, y de distribución espacial de algunas kasbas cuando son alcazares, podrán ser meras coincidencias pero encuentran realizaciones semejantes que probablemente en todos los casos son anteriores. Parte de las dudas se despejarían si conociéramos la datación de las

construcciones, pero aun faltando este punto de apoyo fundamental en la investigación, hay base para creer que en conjunto la arquitectura y ciudades que son de nuestro interés en esta ocasión son de relativa antigüedad. A pesar de todo ello, no se puede desmerecer lo que hay de aporte y reelaboración, de concepción autóctona, y tradiciones que se pierden en el tiempo y se diluyen en una extensión geográfica sin límites. En todo caso, reinterpretación de estructuras arquitectónicas consolidadas y concepción de la decoración y técnica del tapial pueden tener tanto de aportación local como de patrimonio cultural de toda la humanidad que se retrotrae en un indefinido pero lejano pasado.

Dado que la historia de estas tierras tiene un especial desarrollo a partir del siglo XVI, cuando ya se había hecho el repliegue de los nazaries, y sobre todo en el XVII, es obligado establecer una relación entre ambas partes del estrecho, y detectar posibles transposiciones de modelos europeos que fueron adaptados a las peculiaridades del entorno natural y necesidades de los grupos sociales que las construyeron en el Magreb. No está ello en contra de la mayor antigüedad de la técnica constructiva del tapial, cuya extensión es tan amplia y los indicios de su empleo tan remoto que resulta muy difícil, prácticamente imposible, querer aventurar una hipótesis con respecto a su original aplicación. Tampoco esa relación limita la autonomía de las tipologías anteriormente recogidas. Quizás las coincidencias ya apuntadas puedan encontrar toda su explicación en esos mecanismos de actuación y respuesta inherentes a la estructura de las personas, y a determinados comportamientos sociales que aparecen en los lugares más distantes, con resultados similares, ante similares planteamientos. En este caso como en otras incógnitas de coincidencias culturales por aclarar queda un trabajo por hacer.

EL PROBLEMA DE LA RESTAURACIÓN DE ESTA ARQUITECTURA

Es desproporcionado a las posibilidades de un país como Marruecos pedir una

acción de gobierno tan amplia como el tema de la conservación de esta arquitectura requeriría. Quizá ello motivó a la UNESCO que manifestó un interés especial por esta arquitectura mediante programas encaminados a su conservación, para lo cual se hicieron trabajos de catalogación, y asumiendo bajo su protección algunos conjuntos mediante la declaración de Patrimonio de la Humanidad. También es cierto que al final de los sesenta y principios de los setenta se hizo la restauración de algunas kasbas por los arquitectos Gerard Bauer, Jean Dethier, Bernard Hamburger y Jean Hensens. En todo momento ha estado presente la administración marroquí, y en la actualidad existe un Instituto para la conservación de esta arquitectura con sede en Ouarzazate, pero los programas no tienen en la actualidad la atención que han tenido en otros momentos.

La realidad es que la impresión de potencia que ofrecen estas construcciones es ilusoria. Numerosas kasbas que hace cincuenta años eran espléndidas construcciones hoy están en ruinas y son prácticamente irrecuperables. Castillos sin señor, muchas de ellas si no están sometidas a la rápida disolución del tapial por el abandono, están ocupadas por los campesinos, que han buscado en ellas un cobijo.

Como casi siempre en el tema de conservación del patrimonio arquitectónico rural uno de los medios más eficientes y menos costoso es informar de su valor a los que lo habitan, estimulándolos a que sigan manteniéndolo con las técnicas tradicionales que siempre conocieron y usaron, y que son las más adecuadas y efectivas. Por lo demás, dada la riqueza de este patrimonio, el progresivo abandono y la creciente entrada en proceso de degradación, una vez más será imprescindible establecer una serie de prioridades para salvar las construcciones o conjuntos que sean más distintivos y significativos.

Esto de todas formas plantea otros problemas que al menos deben ser enunciados. Uno de ellos es el de la viabilidad de recuperación de conjuntos que tras el abandono de unos pocos años han venido a un acusado estado de degradación. Su recuperación, que implica una

restauración próxima a la reconstrucción, hace tan compleja y costosa la operación como para plantearse la oportunidad de llevarla a cabo. El edificio histórico, tal como ya se dijo en el pasado siglo cuando se empezó a teorizar sobre el tema está sometido a una vida limitada. Agotada ésta por longevidad o desidia hay que aceptar su desaparición dejando su paso al recuerdo con el soporte de la imagen gráfica.

El otro de los aspectos es el de la manera de intervención. Al igual que sucede con muchas restauraciones en nuestro país, la intervención puede ser tan poco cuidada que acabe cambiando el aspecto de la construcción por haber deformado la textura y colocación del tapial. Se están haciendo y ensayando mezclas para revestir los muros de barro, pero con las consecuencias mencionadas de texturas que pierden en rugosidad original hasta parecer enlucidos con materiales convencionales o colores que adquieren unas tonalidades rosáceas, blandas, que llaman la atención en la rudeza de los tonos pardos de la arquitectura del entorno. Hay que buscar otras soluciones aun a riesgo de limitar la duración de la restauración, que, por otra parte, la que se está realizando tampoco está asegurada, como lo prueban los revestimientos que sobre obra de tapial se están realizando en nuestro propio país.

No es Marruecos el único lugar que ofrece una arquitectura y conjuntos de población singulares. Sin salirnos de Africa desde este país hacia el Yemen, ya en la península arábiga y en tierras hacia el Sur, se puede encontrar una arquitectura similar o con modos propios dentro de la construcción del tapial. Es toda ella un legado que progresivamente se está descubriendo, y que constituye un atractivo como lo constituyeron muchas de nuestras arquitecturas y pueblos antes de que fueran alterados por un legítimo pero no controlado progreso. Al mismo tiempo sobre la construcción de tierra en tapial o adobe se llama cada vez con más insistencia la atención por sus peculiaridades y posibilidades constructivas para la construcción actual, dadas sus prestaciones térmicas y acústicas y por el alto valor ecológico.

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA CONSERVACIÓN Y RESTAURACIÓN

Nos encontramos, por tanto, ante un bien cultural que trasciende el ámbito de sus legítimos poseedores para convertirse en Bien de la Humanidad. Así lo han reconocido instituciones internacionales como la UNESCO con las declaraciones y programas de protección de la arquitectura rural. El mundo desarrollado, que es el que así necesita percibirlo y que para justificarlo formula una reflexión sobre esta arquitectura, no puede hacer otra cosa que acercarse con el tacto que impone el respeto a los hombres que le han dado forma, para no desvirtuar lo que perteneciéndole no ha generado.

Esta arquitectura en sus conjuntos, como he pretendido poner de manifiesto al presentar la arquitectura de tapial del sur de Marruecos, se ofrece con valores plásticos sobresalientes. El equilibrio de volúmenes y planos de estas construcciones que parecen hechas con un módulo único en una composición abierta hasta el infinito, la armonía que unos y otros generan en una tonalidad unas veces monocroma al mantenerse en la gama del paisaje montañoso o desértico que la circunda y otras contrastada de forma violenta pero dialogante con la frondosidad de los oasis son valores que recrean los sentidos produciendo un goce placentero como muchos otros, pero que al mismo tiempo conlleva el aliciente de lo diferente.

Estas calidades plásticas no se agotan en sí mismas pues son expresión de la cultura que las hace posible. Cultura que es la de un pueblo de ascendencia bereber con una concepción de la vida de grupo, una vinculación a la tierra y una valoración de sus tradiciones, todavía no muy alterados. Consecuentemente, esta arquitectura y sus calidades está vinculada a una actividad viva a la que sirve de marco, y que es la que le da pervivencia y continuidad en la medida en que esa concepción y forma de vida permanecen.

Es la constatación de unos resultados táctiles, de una actividad generadora, de un arte en definitiva que no es el conceptualizado, sino el de una creación y

armonía espontáneas. No es la expresión plástica de las sociedades evolucionadas, con tiempo y medios para una creación fruto del refinamiento de vida y de la reflexión indigente sobre la misma, sino de una espontaneidad natural, diríamos refleja, que lejos de ser casual es la consecuencia de mecanismos y resortes solidificados en los individuos de estas sociedades. Se podría decir de la naturaleza todavía no domesticada, sino dejada a sus ritmos espontáneos consolidados por la transmisión generación tras generación. Es de esas arquitecturas que, como tantas realizaciones plásticas de gentes y pueblos dejados llevar por el ritmo de su secular existir, simplemente expresan lo que es, al margen de cualquier toma de posición previa y de toda reflexión sobre su propia realidad vital. Postura diferente a la del arte conceptual de las culturas de todos los tiempos, incluidas las más remotas, que quisieron expresar lo que querían ser, porque eran conscientes de lo que eran y habían entrado en la dinámica del necesitar ser algo más y diferente.

La conciencia de todo ello en el mundo occidental genera una forma de acercamiento a la conservación de esta arquitectura, y si se quiere y admite, al mismo tiempo ayuda a conocer el entramado radical en nuestra propia concepción de la conservación del patrimonio cultural. El tema de la conservación para el hombre occidental, europeo o americano, se presenta como una legítima aspiración para la autoafirmación y recreo sensorial. Pero la falta de posicionamiento objetivo, el acercamiento al mismo desde la conservación misma y no desde las categorías que la motivan y justifican hace muchas veces que no se tenga claro qué es lo que se conserva, hasta dónde se debe conservar, cómo se puede destruir conservando, y si necesariamente hay que destruir para conservar, reduciendo en consecuencia la conservación a una operación de congelación de soportes, a una momificación de actividad y vida.

En esta reflexión subyace la cuestión, paradójica por cruel pero real por exigencia de la epistemología, de si es posible conservar esta arquitectura sin mantener a sus constructores en el subdesarrollo, que

no está lejos de la miseria. Y hasta qué punto, por duro que resulte el decirlo, éste es inherente a los valores culturales que les caracterizan. Actualmente ambos coexisten, la cuestión es si el marco que hace posible esa vida tiene razón de ser y posibilidades de existir en una promoción de sus habitantes, por otra parte insoslayable, concebida desde las categorías mentales y el desarrollo material propios del mundo occidental.

No se nos escapa que la contestación necesita algo de sutilezas dialécticas, que no pueden quedar en tranquilizadora especulación, sino que debe ser de consecuencia operativa. Hay unos valores materiales a conservar, pero éstos deben conservarse junto con otros valores culturales a los que les sirven de soporte. Ambos constituyen una aportación que necesita la civilización occidental, y por eso la considera Patrimonio de la Humanidad. A su vez esta civilización debe aportar unos logros que al menos inicialmente son susceptibles de mejorar la calidad de la vida. Compaginar uno y otro, mejora de las condiciones de vida de aquella cultura y mantenimiento de la misma en su radical pureza, no es fácil pero debe intentarse, no puede quedar en unos programas de ayuda que acallen culpabilidades del hombre occidental, pero es claro que revisa el tema de la restauración y conservación que se tiene en Occidente. Y por supuesto que no escapa a la crítica del planteamiento de las intervenciones que se están haciendo en el patrimonio histórico-artístico. La respuesta con dificultad podrá encontrarse al margen del esfuerzo sincero de sobreposición a las creadas necesidades que encadenan nuestra civilización, aunque sean legítimas aspiraciones y logros reales que mejoran una determinada concepción de la calidad de la vida.

Este es el reto de la nueva intervención en el patrimonio arquitectónico. Superada ya la mera restauración como tal por rehabilitaciones y cambios de usos de los edificios, que lejos de abandonarlos a la mera congelación le proporcionen algún tipo de vida, en un siguiente paso la teoría de la restauración debe dejar de centrarse en el edificio como objeto de intervención para pasar a plantearse el edificio como soporte material de la cultura que está todavía viva.

Esto resulta especialmente indicado para un conjunto construido como es el de la arquitectura de tierra del Sur marroquí. Hay una insoslayable y urgente conservación material de esta arquitectura mediante todas las técnicas disponibles. El país, las gentes que la habitan, los valles donde se encuentra este legado cultural no tienen la capacidad ni medios para superarse a sí mismo en aquellos aspectos que legítimamente les conducirán a mínimos en la calidad de vida como son los de alimentación adecuada vida menos sacrificada, higiene que reduzca mortandad infantil y aumente longevidad..., consecuentemente con dificultad pueden entender un planteamiento conservacionista de su arquitectura. Perfilar un límite a esta promoción que satisfaga las aspiraciones legítimas y logros de la humanidad desarrollada sin inocular necesidades que por superfluas destruyan los valores que deberían ser atemporales es un planteamiento, por sibilino, discutible, pero que debe hacerse, siendo conscientes de que, pudiendo ser correcto, puede no pasar de un capricho más de la mentalidad occidental para poder recrearse en los valores de una ajena y lejana cultura y no precisamente por lo que aporta de nuevos horizontes, sino por lo que ofrece de entretenimiento tranquilizante. Por los obvios condicionamientos no es fácil plantearlo desde una mentalidad occidental, pero en definitiva ésta es la única suficientemente ociosa como para poderlo plantear. En cualquier caso la promoción de estas sociedades que no alcanzan las cotas mínimas de una humanidad que ha progresado en el uso de recursos materiales debe hacerse desde el mantenimiento de los valores que les son propios en la concepción y valoración de la vida y persona, de relación social y aprecio por las tradiciones, de usos y costumbres, hábitos y comportamientos, aunque para el hombre occidental nos parezcan retrógradas. En ningún caso se trata de fosilizar un pasado evocador, sino de revitalizar un presente desconcertado.

Estas gentes, al menos de momento, tienen un tesoro que perdió Occidente, sus vidas están pertrechadas con un equilibrio emocional que los sitúa más cerca de una felicidad que a muchas de las sociedades

desarrolladas, y están equipados con recursos para enfrentarse sin traumas a la adversidad. Su promoción sólo erróneamente pasa por el trasvase o exportación de formas de vida que se consideran logros para los ideales occidentales, pero que conllevan sus desequilibrios. En realidad ya no son ajenas a ellos en la medida en que van entrando en contacto con los turistas y reciben imágenes a través de los medios visuales de comunicación. Es una trayectoria y proceso que resulta prácticamente imposible de detener, pero ante el que la responsabilidad es del que posee más recursos y resortes.

Desde una trayectoria como es la de España, que ha visto destruir primero por abandono y luego por alteración la arquitectura popular, al menos podemos aportar la lamentable experiencia de una reciente pérdida para evitar que esta arquitectura quede sometida a idéntico proceso, por idénticos mecanismos consecuencia de idénticas aspiraciones. Sólo un prácticamente imposible, por contradictorio, desinterés frente a lo que se considera desarrollo mejoraría las condiciones materiales de estas gentes hasta allí donde lo permitiera la conservación de su cultura. Sólo entonces se podría obtener el mayor grado de conservación posible de la arquitectura con el mínimo de la alteración imprescindible.

En lógica deducción el planteamiento para justificar la conservación de esta

arquitectura queda encerrado en lo engañoso de su propia dialéctica. Esta es una arquitectura efímera en cuya razón de ser ésta la disolución en el mismo paisaje del que surgió, proceso que paradójicamente pretende romper la conservación, al detener este ritmo. Lo único deseable es que esta disolución sea de acuerdo con el proceso que siempre le fue inherente, no por la desaforada promoción de sus habitantes. No haber entendido nuestra propia realidad vital sería pretender dar una pervivencia ilimitada a lo que por razón de ser está sometido a la caducidad del tiempo. Necesidad del hombre es prolongar la existencia, pero espejismo el hacerla ilimitada. Los monumentos históricos, la arquitectura de tierra están sometidos a idénticos procesos.

La arquitectura de tierra de Marruecos es un bien de la humanidad, por sus valores materiales y la cultura a la que sirve de marco. Su conservación es una urgencia, pero, al mismo tiempo, una ocasión para la reflexión sobre el hecho mismo de toda conservación. Sólo desde la ecuanimidad que puede proporcionar un desnudo acercamiento a lo que son esta cultura y estas gentes puede permitir el afrontamiento válido del tema. Tal afrontamiento sosegado y al menos en intención objetivizado ayudará también a replantear el tema de la restauración y conservación en Occidente.